

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2, quintup.º

MADRID
30 de Noviembre de 1886.

Año VII.—Núm. 33.



MADRID
BIBLIOTECA
ALFONSO GIL

EL LOBO DE MAR (Cuadro de M. Renant.)

SUMARIO

GRABADOS: El lobo de mar (cuadro de M. Renant).—Marina de guerra española: el crucero de primera clase *Reina Cristina*.—Excmo. Sr. D. Augusto Comas y Arqués, senador del reino.—Nápoles: vista del interior del cráter del Vesubio.—Una taberna flamenca (copia de un cuadro de David Teniers).—Afghanistan: vista general de Candahar.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—El lobo de mar.—Marina de guerra: el crucero de primera clase *Reina Cristina*.—Excmo. Sr. D. Augusto Comas y Arqués.—Nápoles: vista del interior del cráter del Vesubio.—Una taberna flamenca.—Vista de la ciudad de Candahar.—Tradiciones de Avila: las Hervencias y el hito del reto.—Primavera y Amor (de G. Carducci), por D. Cayetano de Alvear.—El carpintero de Orleans, por A. C.—Nemi, arreglo del francés, por A. Ordax (continuación).—El Abenaki (cuento), por D. T. D.—Un liberal á otro liberal (soneto), por D. Juan Guillen Buzarán.—¡Se aleja! por D. Javier Montalvo.—Margarita, historia que parece cuento, por D. E. P.—Bibliografía.—Correspondencia con los suscritores.—Anuncios.—Sobre cubierta, por don Eduardo de Palacio.

CRONICA

Acaba el mes de Noviembre, mostrándose digno del carácter fúnebre que le da la Conmemoracion de los Difuntos.

El primer aniversario de la muerte del inolvidable D. Alfonso XII ha enlutado los templos, ha encendido en ellos tristes luminarias para que alumbrasen suntuosos catafalcos, alrededor de los cuales se apretaba la multitud, y ha despertado los ecos de las iglesias con los sentidos acentos de grandes artistas.

Y ha hecho más; ha hecho cruzar por el pensamiento de todos esa idea acerca de lo efímero de la vida, idea con la que hemos llegado á familiarizarnos, en fuerza de encontrarla en libros, periódicos y discursos; comodín de la conversacion, idea *cursi*, idea que predicamos y no creemos; cristal, en fin, con el que hacemos un lente para *echárselo* al prójimo, en vez de hacer un espejo en que mirarnos.

Con el aniversario del fallecimiento del Monarca coincide el del Duque de la Torre, y, con pocos días de diferencia, la exhumacion del cadáver de D. Julian Romea para trasladarlo de un cementerio á otro.

Si á esto se añade la vista de la causa por el supuesto parricidio de la calle de Monteleon, se comprenderá por qué decíamos, al empezar esta *Crónica*, que el mes de Noviembre terminaba con el mismo aparato fúnebre con que empieza.

Pero vamos por partes.

La muerte de la niña Consuelo ha impresionado fuertemente al pueblo de Madrid.

A creer las deposiciones de algunos testigos, la pobre criatura fué víctima de todos los ultrajes.

El público ha formado ya su juicio, que es

el que por lo pronto nos interesa, y de él habremos de ocuparnos, aunque con la sobriedad que el estado de la causa nos impone. La proteccion á la infancia necesita en España fórmulas muy concretas y rigurosamente aplicadas. La enseñanza obligatoria concurriría á la profilaxis de estos males.

Y respecto á corregir lo que no ha sido posible evitar, estamos aún mucho peor.

Hace algunos años que un jóven de la aristocracia inglesa se atrevió á hacer proposiciones de cierta índole á una jóven que viajaba en el mismo wagon. La jóven abrió la portezuela, se sentó en el estribo, y en la primera estacion dió parte al jefe de la misma. La encumbrada posicion no fué bastante á evitar que la justicia inglesa expatriase al galán despojándole de títulos y preeminencias, y su abogado defensor hizo de él la siguiente defensa, que abochornaría, sin duda, á nuestros abogados, pero que produjo en Inglaterra el mejor efecto:—*Entrego, dijo, el delincuente á la conmiseracion del tribunal.*

En este punto, y bien á pesar nuestro, porque el asunto lo merece, no podemos ir más allá.

Otro punto de terapéutica social es el estado de nuestras penitenciarías.

Es muy hermoso suponer dotados de conciencia á todos los vivientes.

Partiendo de esta suposicion, nada hay que objetar á lo que hoy se hace; la conciencia debe empezar á hablar en cuanto se le dan por auditorio cuatro paredes. Y en este caso está realizada la expiacion y está satisfecha la vindicta pública.

Pero ¡ay! por poco crédito que demos á las observaciones de la medicina aplicada á la sociología, nos convenceremos de que existen seres tan desprovistos de esa luz interior, tan inferiormente colocados en la escala de la inteligencia, que se hallan más distantes de la persona que de la bestia.

Organismos en los cuales sólo tienen influencia los agentes físicos, y en cuyo juego afectivo ántes se observa el miedo del tigre al hierro candente, que la huella de remordimiento alguno.

Urge, por lo tanto, apresurar la realizacion de los proyectos de nuevas penitenciarías, y especialmente la de mujeres.

Ménos mal que el criterio de nuestros gobernantes parece ser en la actualidad el de acudir á lo urgente; y pruébalo, al par que los proyectos de penitenciarías, el de construccion de buques de guerra.

Unos veinte millones de reales propone la Comisión, y no nos parece mucho, ni aun teniendo en cuenta nuestra poco desahogada situacion.

Esos veinte millones de reales están destinados á remediar en España el abandono y el egoísmo.

En otro país donde estuviera más extendido el sentimiento patriótico, la cuestion de nuestra Armada hubiera tenido una solución nacional, en la que se habrían interesado todas las clases sociales.

Aquí, exceptuando Filipinas, que ha regalado un buque, el Casino Español de la Habana, que ha regalado otro, y la suscripcion realizada en el Ejército, el resto de los españoles está ocupado en estudiar el modo y la forma de no pagar la contribucion.

Pero ya hemos hablado de esto en números anteriores, y es, por otra parte, tan inútil predicar á los egoístas, como pretender que el español se acuerde de Santa Bárbara estando raso.

El Municipio de Madrid se agita febrilmente.

Al mismo tiempo que promueve obras de importancia, en las cuales da trabajo á multitud de obreros, proyecta abrir una boca de riogo frente á cada casa, y persigue los fraudes que los panaderos siguen cometiendo á pesar de las multas, como si sólo para ello hubieran nacido.

Ultimamente se ha encontrado el pan metido en baules, con objeto de llevarle por la calle sin riesgo de que sea detenido el portador y comprobado el peso.

Este es el país.

No sólo en esto, sino en todos los ramos de la industria, el vendedor es mortal enemigo del comprador.

Que éste no vuelve... ¡que no vuelva! La cuestion es despellejarle cuando se presenta por primera vez.

A esto se llama aquí ser listo.

Tambien el duque de Frias se propone contener los abusos de los tranvías.

Veremos.

En el *exterior*, pocas novedades ó ninguna.

Que Bulgaria se ve cada día más amenazada por Rusia; que Rusia estrecha su amistad con Francia; que Francia se lo cuenta á Alemania; que Alemania azuza sin cesar á Austria, Austria á Inglaterra, Inglaterra á la Sublime Puerta, y la Sublime Puerta tiene el más sublime miedo: y preciso es convenir en que no le falta razon.

Los rusos están muy arrogantes.

Amenazan á todo el mundo, y si hay alguien á quien no amenacen, es porque ya se han metido con él.

Dígalo el Afghanistan.

Tambien es asunto del *exterior*, aunque no lo parezca, el de los paraguas.

Los de seda á diez reales, que pregonaban á voz en cuello los mercaderes ambulantes, están bajo el Maltrana de Damocles.

Ahora es cosa de envidiar á los que hayan comprado esos paraguas.

Prueba de que no son tan malos, es la encarnizada guerra que el paraguero de cielo raso hace al paraguero de cielo abierto.

La cuestion amenaza terminar á paraguazos; y la llamamos *exterior*, porque el termómetro ha traído las fronteras á dos metros de la chimenea.

Salir á la calle equivale á un viaje por el extranjero en diligencia; lo cual encantaba á Teófilo Gautier, pero no tiene otros encantos.

El telégrafo se empeña todavía en hacernos creer que se puede ir y venir, y su último esfuerzo ha sido contarnos los trajes que lucen en el teatro las soberanas de Europa.

Pero ya, para pasar de una nación á otra, se necesita ser noticia.

O bayoneta.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

EL LOBO DE MAR

Es un viejo timonel encanecido sobre la cubierta del buque y curtido por el sol y el vendaval; pero se mantiene duro y fuerte; su mano firme empuña la barra del timon, y sus penetrantes miradas examinan el horizonte, que cierra por la proa del bajel el dilatado panorama.

El viento en tosco y burdo traje, ceñida su cabeza con un legendario sombrero, el veterano marino nada teme, ni al viento, ni á la humedad, ni al oleaje. Pertenece á esa raza de hombres robustos y bravos que mueren de pié en su puesto de honor, y á los cuales, si se les habla del peligro presente, contestan, encogiéndose de hombros: «No es éste el primero en que me hallo.»

MARINA DE GUERRA

El crucero de primera clase «Reina Cristina.»

El día 2 de Mayo del año actual fué botado al agua en el arsenal del Ferrol el crucero de hierro de primera clase *Reina Cristina*.

Este barco, que es el mayor de hierro construido en nuestros arsenales, se ejecutó con arreglo al proyecto del brigadier de ingenieros de la Armada don Tomás Tallarie, y segun los inteligentes, dará los mejores resultados, sirviendo de base para reorganizar nuestra marina, en union del *Alfonso XII* y *Reina Mercedes*, que son iguales en un todo al *Reina Cristina*, y se construyen en Ferrol y Cartagena respectivamente.

Las dimensiones del crucero *Reina Cristina* son las siguientes:

	Metros.
Eslora, entre perpendiculares....	84.80
Manga, en la línea de flotacion..	13.20
Puntal.....	7.925
Calado medio.....	5
Desplazamiento, 3090.728 toneladas.	

Va armado con cinco tubos lanza-torpedos, de los cuales irán instalados dos á proa; dos en las bandas y uno á popa, completando el armamento con seis cañones de 16 centímetros sistema Gonzalez-Hontoria, montados en reductos con un campo de tiro de 130° cuatro de ellos, y de 116° los otros dos, y con cuatro ametralladoras Nordenfelt. Para los botes lleva cañones de 7 centímetros, tambien del sistema Gonzalez-Hontoria.

En la construcción del casco se empleó hierro procedente de las fábricas de los señores Duro y Mieres, de Asturias, y la máquina está construida por los señores Penn, de Greenwich, y es de alta y baja presión, moviendo una sola hélice. Tiene 5.800 caballos indicados de fuerza, con lo que dará un andar de 16 á 17 millas por hora.

En las carboneras llevará 400 toneladas de combustible, con el que podrá recorrer 9.600 millas, á 10 por hora, ó 1.600 á toda velocidad. Va aparejado de goleta de tres palos, y su quilla se puso el 12 de Agosto de 1881.

EXCMO. SR. D. AUGUSTO COMAS Y ARQUÉS

Nació en Madrid el 2 de Febrero de 1834, y trasladóse á Cataluña, á los pocos años, con sus padres, cursando en Barcelona la segunda enseñanza y los dos primeros años de la facultad de leyes.

Su padre, aunque hijo de una noble y riquísima familia catalana, tuvo que vivir de su modestísimo sueldo de oficial del ejército, pues las vinculaciones acumularon toda la riqueza sobre el hermano mayor.

Con mil trabajos y privaciones pudo asegurar para su hijo Augusto una pensión de 16 duros mensuales, con el objeto de que viniera á Madrid á concluir su carrera.

Comas llegó á Madrid sin conocer á nadie, y con esa pobre pensión para hacer frente á todas sus necesidades. Sólo con su trabajo se fué conquistando amigos y labrando una fortuna.

Cuando terminó su carrera, entró en el despacho de D. Laureano Figuerola, donde estuvo hasta que hizo oposiciones y ganó la cátedra de Derecho mercantil y penal en la Universidad de Valencia.

Sólo tres años estuvo en dicha capital, regresando á Madrid á encargarse de la cátedra que hoy explica de Derecho civil, comun y foral.

Cuando en el período revolucionario fué nombrado Echegaray ministro de Fomento, tuvo especial empeño en que ocupara una Direccion el Sr. Comas; y aunque éste se negó, hubo de acceder al fin á los ruegos de su amigo el Sr. Echegaray, si bien renunciando el sueldo.

Elegido diputado en las Cortes de D. Amadeo mientras estaba en Vichy, tuvo noticia, á su vuelta, de la escasa sinceridad con que aquellas elecciones se habian hecho y de los violencias que habian cometido para vencer al Sr. Elduáyen, su contrario. Acto seguido presentó la renuncia del cargo de diputado, que reiteró hasta dos veces más, aunque el Congreso se negó á admitírsela siempre.

En aquellas Cortes fué nombrado individuo de la Comision del Mensaje.

Siendo ministro de Gracia y Justicia Montero Rios, y teniendo á su hijo único educándose en un colegio en el extranjero, se fué á vivir con su intimo amigo, haciendo juntos la ley del Jurado y la del Matrimonio civil, por cuyos trabajos le concedieron la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos, que renunció, como tampoco admitió un título de Castilla que el rey D. Amadeo quiso concederle.

A la renuncia de D. Amadeo se proclamó la República, siendo Comas uno de los cuatro diputados radicales únicos que votaron en contra, retirándose acto continuo á la vida privada, á pesar del empeño que muchos de sus amigos tuvieron en que formara parte del primer ministerio de la República.

La Universidad de Valencia le eligió senador en las primeras Cortes del partido liberal, sin que el Sr. Comas, que á la sazón estaba en Paris, tuviera noticia de semejante acto, hasta verlo en los periódicos. Fué reelegido en las pasadas Cortes conservadoras, á pesar de la señalada guerra que le hizo el Sr. Pidal, y en las actuales ha sido nombrado por unanimidad.

Su conducta en los sucesos universitarios es bien reciente y muy conocida.

Cuando á la muerte del rey subió el partido liberal y se encargó Montero Rios de la cartera de Fomento, le fué ofrecida la direccion de Instrucción pública, habiéndose negado, como siempre, á desempeñar todo cargo político.

En la actualidad es decano y profesor de la Universidad, senador por la de Valencia, consejero de Instrucción pública é individuo de las Comisiones de Códigos de la Peninsula y Ultramar.

Es más conocido fuera que dentro de España; su reputacion es más científica y profesional que política; es hombre de escuela y no de partido, habiendo militado siempre en las avanzadas de la democracia.

En la actualidad se ocupa en la redaccion de un Código civil, que, en opinion de los que conocen el trabajo, será la última palabra de la ciencia. Ha publicado el primer tomo con el índice, que es un plan

perfecto y científico del Código, y pronto saldrán dos tomos más con el articulado, concordancias y comentarios del libro primero y segundo.

Tiene escrita una obra en tres tomos de Filosofía del Derecho civil, que no quiere publicar hasta terminar el Código; empresa que aún le tendrá ocupado algunos años.

NAPOLES

Vista del interior del cráter del Vesubio.

Este volcan, por su terrible historia el más famoso de Europa, está situado, como nadie ignora, al S. O. de Nápoles, y á la distancia de 12 kilómetros de dicha capital.

Su altura sobre el nivel del mar es de 1.198 metros, y su circunferencia en la base de la montaña, de 45 kilómetros.

Destácase esta notable altura de la cadena de los Apeninos, y forma las dos cimas llamadas Somma y Ottojano; en esta última existe el cráter cuyo interior reproduce nuestro grabado, y que tiene una profundidad, medida, de 115 metros. Estos datos no pueden ser exactos, pues en el interior del gran cráter existen en constante actividad otros más pequeños que arrojan lava y vapores.

Las más célebres erupciones han sido las del año 79, que destruyó á Herculano, Pompeya y Stabies, é hizo perecer á Plinio el Viejo, y las de 472, 1631, 1737, 1779, 1794, 1819, 1822, 1833, 1839, 1850, 1866, 1872 y 1881.

El suelo, que se cultiva hasta la altura de Torre del Greco, es de una gran fertilidad; de sus viñas se extrae el célebre vino *Lacryma Christi*.

Antes de la erupcion terrible del año 79 se consideraba el Vesubio como una montaña sin importancia alguna, por más que Diodoro de Sicilia, Strabon y algunos otros historiadores y naturalistas lo citan como un volcan apagado.

UNA TABERNA FLAMENCA

Nuestro grabado á dos páginas reproduce uno de los más notables y célebres cuadros del original David Teniers, el famoso pintor flamenco que en los buenos tiempos de España puso su mágico pincel al servicio de nuestros monarcas y enriqueció sus palacios y museos.

El movimiento y la animacion palpitan en este admirable lienzo, como en todas las obras de este gran maestro de la pintura. Diversas personas llenan la ancha sala de la taberna, y algunos, sentados alrededor de las mesas, juegan á los dados inmensos jarros de cerveza, que continuamente se vacian para volverse á llenar. En la sala se advierte un lujo verdaderamente primitivo, digno en un todo de los comensales, trasladados del natural con la verdad y el arte que pudiera exigir el realista más intransigente.

VISTA DE LA CIUDAD DE KANDAHAR

Kandahar, capital de la provincia del mismo nombre en el emirato del Afghanistan, es una poblacion de 60.000 habitantes, y la principal plaza de comercio de todo el país, hallándose situada á 300 kilómetros al S. O. de Cabul.

Su importancia estratégica es inmensa, como llave del Afghanistan, y ha jugado un papel importantísimo en todos los conflictos con Inglaterra, cuyos ejércitos la han conquistado en dos ocasiones.

Actualmente el fuego de la insurreccion, atizado por los agentes rusos, prende en aquella comarca, amenazando propagarse á todo el Estado, y este nuevo aspecto de la cuestion de Oriente despierta la mayor atencion é interés en todos los círculos diplomáticos de Europa.



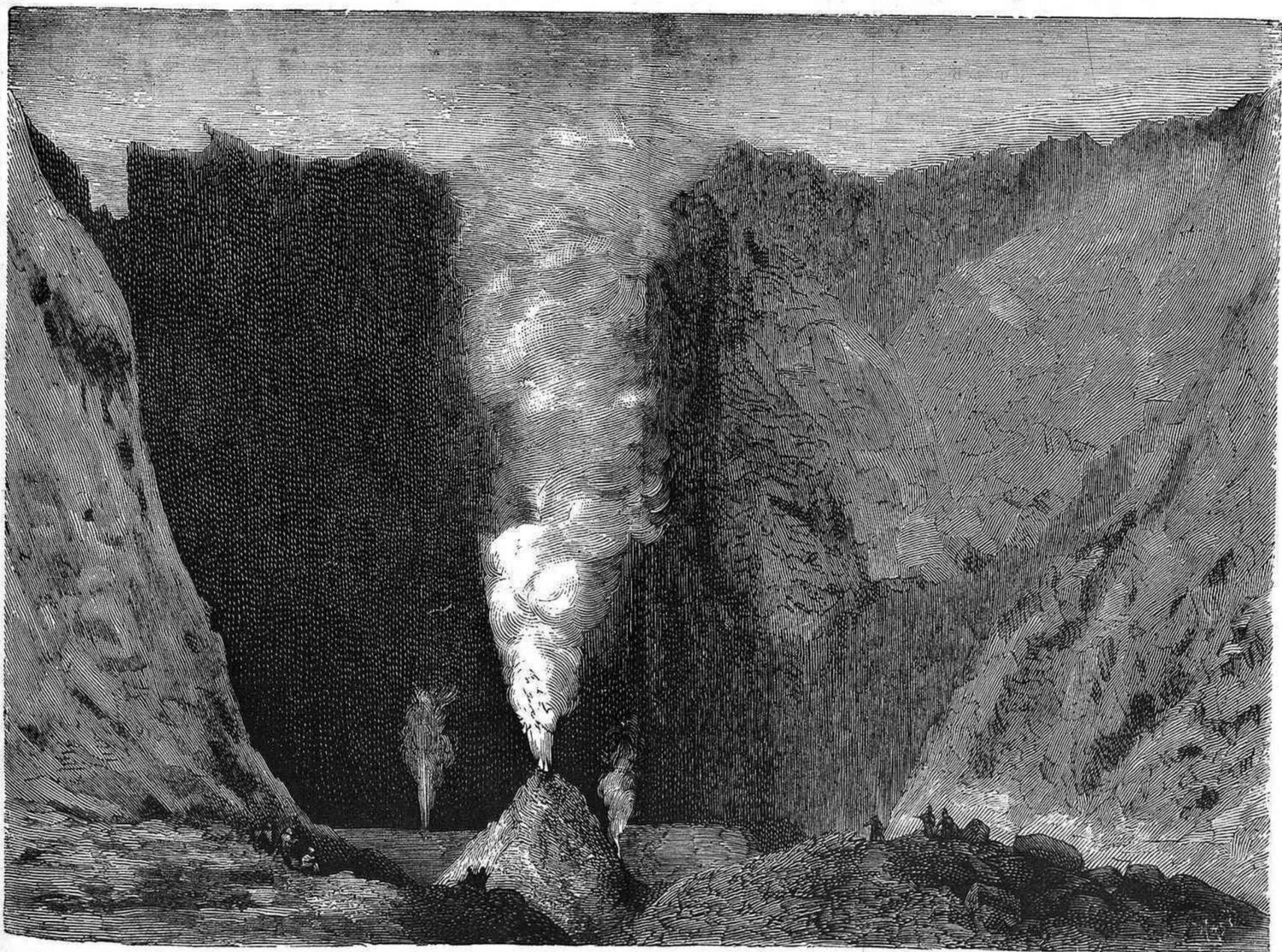
MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA.—EL CRUCERO DE PRIMERA CLASE «REINA CRISTINA»



Faint, illegible text from the reverse side of the page is visible on the right edge of the image.



EXCMO. SR. D. AUGUSTO COMAS Y ARQUES, SENADOR DEL REINO



NÁPOLES.—VISTA INTERIOR DEL CRATER DEL VESUBIO

TRADICIONES DE AVILA

LAS HERVENCIAS Y EL HITO DEL RETO

En el espacio de tiempo que abraza el segundo matrimonio de doña Urraca, hija de Alfonso VI de Castilla, con Alfonso I de Aragon, la guerra civil llevaba sus estragos por los campos del reino castellano-leonés. Al año de matrimonio la discordia había separado á los esposos, y se declaraba la guerra entre castellanos y aragoneses, por el empeño de don Alfonso en regir los Estados castellanos.

Este tristísimo periodo es el que D. Modesto Lafuente califica de episodio funesto; el mismo que el obispo D. Prudencio de Sandoval descartaría de la serie de reinados que constituyen nuestra historia nacional, y que Romey pasa casi en blanco, llenando ese vacío con extensas relaciones de la historia de los árabes en aquella época, arredrado sin duda por el cúmulo de dificultades que había de crear la narración de las infinitas complicaciones surgidas entre hermanos que se venden, esposos que se maltratan, Estados que se desgarran y nobles ambiciosos y turbulentos que atienden sólo á su propio crecimiento, recabando privilegios é inmunidades, fortalezas y territorios, áun á costa de sus perfidias; periodo, en fin, en que las agitaciones, el desconcierto y la anarquía en el gobierno de los Estados, acompañadas de la carencia absoluta de datos cronológicos en las crónicas contemporáneas y de los más contradictorios juicios de los historiadores, hacen punto ménos que imposible atinar con la verdad y poner el debido orden y enlace en los acontecimientos.

A este periodo borrascoso y lleno de desastres refiere la tradición la horrible tragedia que tuvo por escena el campo de las Hervencias de Avila, hecho sanguinario y de bárbara ferocidad, que marcaría eternamente con el sello de la infamia la frente de Alfonso I de Aragon, si la luz de la crítica no disipa la bruma que le rodea y hace que figure en la Historia, limpio de toda mancha, el nombre del Batallador.

Gobernaba la ciudad de Avila el famoso Blasco Jimeno, cuando los avileses fueron á Simancas en busca del perseguido infante D. Alfonso Ramon, y le ofrecieron franco y leal asilo dentro de sus murallas, dispuestos á defenderlas en servicio de su rey, contra la ambición de su padrastro, que no perdonaba medio que pudiera ponerle en posesion del desgraciado huérfano, abrigando respecto á su existencia y la de su madre las más horribles maquinaciones, si hemos de dar crédito á los romances que ponen en su boca estas palabras:

«¡Ah! De la madre y del hijo
en breve me desharé;
que si la cárcel no basta
un verdugo puede haber.»

Ni los presentes enviados por el aragonés á Nalvillos, entre los cuales estaba la espada de su suegro Alfonso VI, ni las mercedes y promesas de mayores adelantos hechos á Blasco Jimeno y Fernan Lopez, alcaide del alcázar y esposo de la improvisada y famosa gobernadora Jimena Blazquez, fueron bastantes á que, faltando á su caballerosidad, abrieran las puertas de la plaza, poniéndola al servicio de Alfonso I de Aragon.

Presentóse con su ejército á las puertas de la ciudad, reclamando la entrega del niño; y habiéndose negado á ello los avileses, concibió sospechas acerca de su vida, por consecuencia de los rumores que circulaban sobre el mal estado de salud, exigiendo entonces que se le mostrasen y pidiendo en rehenes sesenta escuderos nobles para entrar seguro en la población.

La entrevista, sin embargo, se verificó fuera de la plaza. Los rehenes salieron por la puerta desde entonces llamada de *Malaventura*; y el aragonés desde su caballo hizo una reverente cortesía al infante, que fué enseñado desde las almenas del cimborio de la catedral, rodeado de sus fieles servidores.

Viendo desbaratados sus planes, llegó á sus reales asentados al Este de la ciudad, y contrastando su perfidia con la lealtad de los avileses, mandó sacrificar los rehenes. Los cuerpos de aquellas inocentes víctimas fueron despedazados, sus palpitantes miembros sirvieron de ludibrio á la soldadesca, y sus cabezas hervidas en aceite y repartidas para escarmiento en varias ciudades de Castilla.

Segun otra version, no fueron sacrificados todos los rehenes, sino reservados algunos para figurar en primera línea en el sitio que puso á la ciudad, exponiéndolos á los tiros de sus padres, hijos y hermanos, que no dudaban herirles á trueque de defenderla como honrados y valientes castellanos.

Avila cerró sus puertas en señal de luto, y acordó retar al sitiador, que había levantado sus reales y se dirigía á Zamora. Blasco Jimeno, acompañado de su sobrino Lope Nuñez, alcanzó al aragonés entre Cantiveros y Fontiveros, y en presencia del rey, despues de echarle en cara su traicion, le dijo: *«E por conocer lo tal, vos repto en nombre del Concejo de Avila y digo que vos faré conocer dentro en estacada ser alevoso, traidor é perjuro;»* y añade el Libro viejo de Avila que Alfonso I de Aragon mandó á su comitiva castigar la osadía del valiente gobernador; y tío y sobrino cayeron en el campo, defendiéndose como buenos, entre las lanzas y los dardos de todo el ejército real.

En aquel sitio, y para eterna memoria de sus nombres, se colocó una cruz de piedra con una inscripción conmemorativa, y se levantó una ermita que todavía se conserva, á donde concurrían los caballeros el día del aniversario: «é bofornaban é alcanzaban, é facien grandes alegrías.»

Tal es el hecho tradicional que recuerdan las *Hervencias de Avila y el Hito del repto*, de Cantiveros, que adquirió notable importancia no há muchos años, por la controversia histórica suscitada sobre su autenticidad entre D. Vicente de la Fuente y don Juan Martin Carramolino. Uno y otro campeón presentan razones poderosas, y el hecho parece innegable, atendiendo á que son reales y positivos los monumentos que lo recuerdan, como la puerta de Malaventura, hoy del Matadero, que continúa cerrada; la del peso de la Harina, contigua á la fortaleza de la catedral, desde la cual Alfonso I saludó al infante, y abierta posteriormente, por exigirlo así el buen servicio de la ciudad; la cruz del reto, la ermita y los funerales que anualmente se celebran en el sitio en que murieron y se supone enterrados á Blasco Jimeno y Lope Nuñez, y los pueblos de partido judicial de Piedrahita que lleva los nombres de *Blasco Jimeno y Sobrino*.

El hecho aparece también consignado en un acuerdo del Concejo de Avila, por el que se establece que siempre que hubiere de salir de la ciudad gente de á caballo para el servicio de los reyes de Castilla «hubiere de ser su caudillo ó adalid descendiente del noble Blasco Jimeno, el reptador, é non de otro linaje. Otrosí su pendorero ó alférez que sea de la tal generacion.»

En este hecho se fundan las donaciones de Alfonso VII, el Emperador, á los tres hijos del valiente Blasco Jimeno; la donación á la mitra y cabildo de los terrenos de la Serna de Linares, y desde entonces Serna del Obispo, y el diploma en que el Emperador dió por escudo de armas á la muy noble y muy leal ciudad, su propia efigie de niño asomado á las almenas.

En memoria de este acontecimiento, Alfonso el Sabio concedió privilegio de nobleza á los moradores de Avila; y dió en Vitoria otro privilegio en virtud del cual el pendon de Avila había de ir siempre á la vanguardia de los ejércitos reales. Finalmente, el heraldo de Felipe II, Juan España, da testimonio oficial de ello, y asegura que así consta en el *Libro Becerro* de la ciudad.

En manera alguna son desatendibles las razones que deponen en contra de la autenticidad del hecho.

Prescindiendo de que el jesuita P. Abarca, historiador de los reyes de Aragon, diga que «el sitio de las Hervencias recibe su nombre de unos manantiales de agua que parecen hervir;» lo cierto es que las más antiguas crónicas, desde la compostelana

hasta D. Rodrigo, nada dicen del suceso. La narración del manuscrito de 1517, seguida por Ayora, difiere notablemente de la que hace la segunda crónica ampliada y publicada por el P. Ariz; siendo de notar que la primera atribuye á venganza de la gente echada años atrás de la ciudad el consejo dado al sitiador de tomar por rehenes *los mejores omes é los fijos de los serranos*. La arquitectura del cimborio acusa una época posterior á la horrible tragedia de las Hervencias, que tal vez sea una leyenda hija de los antiguos odios castellanos contra la dominación aragonesa.

Hemos dado á conocer las principales opiniones sobre esta tradición horrible, porque la crítica no ha pronunciado aún su última palabra sobre el particular; pero, de todos modos, el hecho parece uno de tantos cuya memoria guardan las viejas ciudades dentro de sus muros, torreones y palacios; hecho tal vez histórico, que, adulterado por la fantasía popular, ha pasado al dominio de la leyenda; creación fantástica, hija de febril imaginación, que ha visto en ella acrisolados títulos de honor para la ciudad y sus habitantes; una de tantas narraciones tradicionales, más ó ménos interesantes, escritas y conservadas en los archivos, esculpidas en los monumentos, figurando como blason en los escudos de viejas é ilustres ciudades, y dando nombre á determinados sitios y poblaciones. Tradiciones que á veces encierran la historia de un pueblo con sus usos y costumbres, el carácter de una raza, la epopeya de una dinastía, ó cuando ménos la fotografía de los personajes que en ellas juegan, siempre grandes, siempre extraordinarios, y que se nos presentan en magnífico cuadro lleno de luz y nos lleva insensiblemente á su contemplación; porque las tradiciones, prescindiendo de la verdad histórica que encierran, serán siempre el libro más preciado de los pueblos mientras conserven vivo el sentimiento de la patria, y de respeto y veneración á las creencias y prácticas de sus mayores; y aunque carezcan de rigurosa verdad en sus detalles, caracterizan una época y delinean sus más salientes perfiles.

VALENTIN PICATOSTE.

PRIMAVERA Y AMOR

(DE G. CARDUCCI)

Sobre las verdes márgenes
Tierna violeta crece;
El almendro florece
Y alza el ave su voz.

Riza el viento las aguas
En los revueltos senos...
De tus ojos serenos
Parte un rayo veloz.

¿Qué me importa si el aura
Leve mi frente toca?
Palpitante tu boca,
Se abre como una flor.

¿Qué del ave canora
El gárrulo contento?
Su melodioso acento
Puso en tu labio amor.

Colúmpiense las ramas
De los árboles bellos;
La onda de tus cabellos
Tú libre al viento das.

Del nuevo año las flores
Me oculte en dulce juego;
Ellas volverán luégo...
Tú ya no volverás.

CAYETANO DE ALVEAR.

EL CARPINTERO DE ORLEANS

La tradicion de los tesoros ocultos ha proporcionado á la imaginacion de los aldeanos un tema favorito sobre el cual ha agotado todas sus fantasias: invenciones graciosas, fantasmagorias lúgubres, conjuraciones sabias, imágenes terribles, nada ha faltado. En esta fecundidad se conoce que se trata del asunto supremo, del talisman primordial, del oro. La musa popular no ha conseguido nunca agotar sus inspiraciones sobre esta materia.

Pero, ademas de los cuentos, hay las anécdotas que no dejan de ser instructivas. La del *carpintero de Orleans* ofrece una leccion filosófica, y hubiera podido proporcionar materia al autor *español* de Gil Blas para uno de aquellos capítulos en que se oculta tan elegantemente cierto desprecio á los hombres bajo una alegría indiferente.

Este carpintero, llamado Francisco, habitaba en otro tiempo en Orleans, la calle de los Lagos de Amor. Aunque era muy inteligente para labrar toda clase de maderas, sus negocios no prosperaban por falta de trabajo y crédito; así es que la mayor parte del tiempo permanecía dias enteros sentado en su banco, con un libro abierto encima de las rodillas, porque, como era aficionado á la lectura, procuraba consolarse aprendiendo de memoria las pastorales y tragedias más en boga en aquel tiempo.

Los vecinos, que le veían vivir pobre y solo, le odiaban naturalmente como á un hombre inútil á sus fortunas ó á sus placeres; y cuando, al pasar por la noche cerca de su tienda cerrada, le oían repetir las mágicas evocaciones de Delfos en la *Pastoral de Athlete*, por el Sr. Hardy, *parisiense*, los más tímidos se santiguaban y referían que el carpintero conversaba con los demonios.

Gracias á los eficaces oficios de la maledicencia, llegó Francisco á tener en poco tiempo tantos acreedores como hubiera debido tener parroquianos.

Algunos de ellos iban á mezclar con sus trozos de verso alejandrino la prosa de una citacion; tanto, que el carpintero perdió la poca paciencia que le quedaba, y como era de carácter tético y melancólico, resolvió hacerse absolver por todos, concluyendo á manera de los héroes de tragedia, y sólo pensó en prepararse una muerte digna de él.

Para esto debía convocar á todos sus acreedores para un día fijo, y preparar su trastienda para recibirlos de modo que cuando entraran le hallasen acostado en un ataúd, entre cuatro cirios encendidos y realmente difunto.

El efecto de tal escena era infalible; así es que Francisco sólo pensó en procurarse la tela del hábito indispensable que tenía que vestirse para representar tan fielmente su papel de cadáver.

No le quedaba ni una sola tabla, y ningun mercader quiso fiarle madera; pero recordó felizmente que en otro tiempo había hecho una empalizada por orden del ayuntamiento en uno de los arcos del puente grande. El Loira había destruido aquel trabajo hacia mucho tiempo; pero al bajar las aguas habían dejado descubiertos algunos restos de maderas sepultadas al pié del machon. El carpintero aprovechó la oscuridad de la roche para sacar la madera de la arena del rio y trasportarla á la cueva de su casa, donde se puso á trabajar.

La idea de librarse definitivamente de las persecuciones de sus acreedores, unida á la esperanza de concluir su tragedia por medio de un desenlace como el de la de los *maestros del arte*, había hecho olvidar á Francisco todo el horror de su resolucion; la repugnancia del hombre se había desvanecido ante el amor propio del autor. Ademas, cesaba ya para él toda incertidumbre y ansiedad. Emancipado de ese compañero tenebroso que llamamos porvenir, sólo le restaba regocijarse con el presente.

Su presupuesto del año entero no tenía que cubrir ya sino los gastos de ocho días, y empezó á comer sabrosos manjares, á beber del mejor vino y á cantar coplas alegres á las muchachas que pasaban. Al mismo tiempo recibieron todos sus acreedores la papeleta que les llamaba á presentarse el día indicado en el taller del carpintero, con sus recibos y títulos.

¡Gran sorpresa causó esto en todo el barrio! Preguntábanse unos á otros qué había podido ocurrirle al jóven artesano. Cuando le interrogaban, contentábase con responderles ladinamente que en el día prefijado las personas que tanto le habían atormentado y perseguido, se arrepentirian de ello para toda su vida. En fin, mientras se perdian en inútiles conjeturas, el posadero de al lado recordó de improviso haber visto á Francisco entrar en su casa varias noches seguidas cargado con bultos que procuraba ocultar á las indiscretas miradas. Añadió á esto que desde la noche anterior trabajaba el carpintero en su cueva, y recordando á la par sus soliloquios mágicos, dedujo que el diablo le había hecho hallar un tesoro.

Esta explicacion, aceptada instantáneamente por las mejores cabezas del pueblo, corrió de boca en boca con el progresivo aumento de costumbre. Hablóse primeramente de nueve peces de plata que había desenterrado el carpintero en una de las isletas del rio; despues, de un hilo de perlas que había hallado debajo del puente; por último, se dió por seguro que había descubierto en las arenas del rio *la barca de oro de Julio César*, y que la había trasladado en trozos á su casa; y como entónces no había fisco que se apropiara la mitad de los tesoros descubiertos, nadie pudo verificar la mayor ó menor certeza de las universales conjeturas.

Los acreedores comprendieron entónces el misterio de la asignacion; pero comenzaron á arrepentirse de haber exasperado á un hombre que con sus riquezas iba á ser poderoso y que podría guardarles rencor, por lo cual fueron uno despues de otro á tratar de apaciguarle, declarándole que todo lo que poseían estaba á su disposicion, y que podía hacer la prueba que quisiera para convencerse de ello.

El carpintero adivinó muy pronto la causa de aquel cambio, y como la vida alegre que había llevado en los dias anteriores le había hecho aficionarse de nuevo á este mundo, se decidió á retrasar su trágico fin.

La creencia del tesoro descubierto por él había cambiado las disposiciones de ánimo de todos sus conocidos. Disputábanse la honra de hacerle ofrecimientos y llamarle amigo. Los miembros de la municipalidad recordaron que ningun artesano tenía tanta probidad é inteligencia como él, y los más ricos de la corporacion se asociaron á sus empresas; en fin, al cabo de algunos años, hallóse en disposicion de comprar la casa cuyo alquiler no podía pagar ántes.

Instruido además por la experiencia, no procuró nunca desengañar á los que, creyéndole rico, le habían enriquecido. Léjos de esto, y con el objeto de hacer creer más en el tesoro oculto, cerró su cueva con una puerta de hierro que fabricaron los herreros más hábiles de Orleans, y no confesó la verdad sino poco ántes de su muerte, á un religioso llamado para administrarle los últimos consuelos espirituales. Abrióse entónces la cueva tan guardada, y hallóse en ella el ataúd de tablas de roble, único tesoro que había poseído el carpintero, y que se llevó consigo á la huesa.

A. C.

NEMI

Arreglo del francés, por A. Ordax.

(Continuacion.)

La Grabi no vaciló; corrió al gabinete directorial en cuanto pasó el plazo para designar la victima que debía inmolarse á las conveniencias de ese gran monstruo denominado *autoridad ó disciplina*.

—¿Ha averiguado usted ya su nombre? dijo con inquietud la directora.

La Grabi contestó:

—Nemi, la que ha llamado recientemente la atencion general por su insubordinacion y pereza; esa es la culpable.

Pronunció estas palabras con la sangre fria del carnícero que degüella una res.

—¿Esa niña tan apasionada por el canto?

—La misma. ¿Cuál otra, si no, podía ser?

Esta réplica fué lanzada á la frente de la directora, y ésta, desviando la cabeza sin afectacion, dijo para sí:

—¡Caro han debido pagarla!

Se engañaba. La Grabi no tenía otro interes que el de desembarazarse de una discípula antipática, é identificarse más con las otras. Esto era suficiente para aquella conciencia callosa.

—¿Confiesa su falta?

—¡Confesar! Nemi es la encarnacion del orgullo; ¡no confesará jamás!

—¿Sabe lo que pasa?

—No.

—Está bien; guarde usted sobre esto una absoluta reserva.

En cuanto salió la Grabi, la directora mandó llamar á su amiga, y al verla se turbó; pero veinte años de fingimiento la habían avezado de tal modo al disimulo, que no la costó mucho trabajo recobrar su habitual sangre fria.

—Ya se ha descubierto á la culpable, dijo.

—¿Y qué va usted á hacer ahora?

—Despedirla.

—Entónces no habrá inconveniente en decirme su nombre.

La directora vaciló todavía un instante, pero contestó al fin con voz segura:

—Nemi.

—¿La que cantó aqui dias pasados?

—Sí.

La Sas se sentó, y con la mayor tranquilidad dijo:

—No es posible.

—La persona que mejor puede saberlo me lo ha asegurado.

—Pues aunque lo asegurara todo el colegio, yo lo dudaría. Esa jóven no tiene la malicia suficiente para emprender una aventura semejante.

La directora replicó con gran pausa:

—De cualquier modo, es preciso que haya una culpable...

—¡Ah! exclamó la Sas, comprendiendo al fin que era siempre el principio de autoridad al que había que dejar complacido. Pero ¿me ha dicho usted que no tiene nadie que la proteja, ni recursos de ninguna clase?

—De ninguna, murmuró lacónicamente el autócrata hembra del Instituto.

—Pues bien, dijo la Sas; yo me encargaré de esa niña. Llámela usted.

La directora dió orden de que se presentase Nemi, y añadió al retirarse:

—No diga usted aún á esa jóven que se la va á expulsar, y ménos la causa, que desconoce por completo.

Entró Nemi.

—¿Me conoce usted, señorita? dijo la Sas admirando la pureza de aquel bello y honrado rostro.

—Sí, señora; usted me hizo cantar...

—Es cierto; y dígame: ¿le agradaría consagrarse exclusivamente al canto?

—¡Oh, señora! dijo Nemi juntando las manos y quedando muda de alegría.

—Yo no soy rica; pero si pudiera usted ceñirse á vivir con poco y abstenerse de adornos y placeres vulgares, podría dar á usted buenos profesores, que la prepararían para el teatro.

Nemi cayó de rodillas ante su protectora, llorando y riendo á la vez.

—¡Madre mía! exclamó: ¡mi segunda madre!

La Sas, llorando también, la levantó entre sus brazos.

—En cuanto deje usted el Instituto, mi casa estará ya dispuesta á recibirla.

—Lo peor es que todavía tardaré mucho en salir; ¡porque hasta el mes de Junio!...

—Bien, hija; pero si llegara usted á experimentar algun disgusto, por muy grande y desagradable que sea, corra sin pérdida de momento á mi lado.

Esta reflexion no turbó la alegría inocente de Nemi. Y se hallaba en este instante tan léjos de las tristezas de esta vida, que exclamó:

—¿Quiere usted que cante algo?



D. TENIERS

ATENEU CENTRAL
MADRID
BIBLIOTECA

UNA TABERNA FLAMENCA. — (Como un cuadro de David Teniers)

Es todo lo que podía ofrecer á su protectora.

—Gracias, hija mía. Ahora no; retirese á clase; ya nos volveremos á ver.

Nemi saludó con la mayor sumision, y besó la mano de la anciana, en reconocimiento de un beneficio cuya importancia estaba aún muy lejos de sospechar.

XI

A la mañana siguiente se previno que habría misa en la capilla. Solía celebrarse con tanta frecuencia, aún fuera de los días festivos, que nadie prestó gran atención al suceso. Pero entraron las profesoras y algunos funcionarios agregados al Instituto, y las alumnas se preguntaron, por fin, á qué venía esta solemnidad en un día sin santo católico notable. Terminó la misa, y todos los corazones latieron con irregularidad cuando la directora se adelantó al centro de la capilla y dijo con acento solemne:

—Hijas mías, mi corazón maternal ha sido herido en todas sus fibras; una de vosotras se ha hecho indigna de los beneficios del colegio de María Santísima...; ha infringido, en fin, los reglamentos.

Un silencio horrible acogió estas palabras: la directora se detuvo; sintió necesidad de recoger todas sus fuerzas ántes de calumniar á una niña inocente, y concluyó:

—Esta oveja no puede ya formar parte de nuestro rebaño; Nemi no puede continuar ya en nuestro Instituto.

Un débil gemido respondió solamente á esta sentencia, y Olga, pálida de cólera, corrió al auxilio de la infeliz huérfana, que acababa de caer desmayada.

Se mandó evacuar la capilla, y al pasar la directora miró á Olga, que de rodillas junto á Nemi, sostenía su cabeza entre sus brazos; pero los negros ojos indignados de la jóven afrontaron con tal severidad la muda reconvención de la Batú, que ésta se vió obligada á bajar la vista.

Cuando abrió Nemi los ojos, la primera persona que halló á la cabecera de su cama fué la Sas.

—Mi casa aguarda á usted, hija mía.

Una ola de lágrimas inundó el rostro de Nemi. Quiso incorporarse; extendió instintivamente la mano para buscar apoyo, y una mano ardiente estrechó la suya y un brazo vigoroso la sostuvo. Era Olga.

—¿Tú aquí? exclamó Nemi.

Pero su sorpresa fué extraordinaria cuando al incorporarse y dejar caer los pies fuera, vió á la altanera Olga deshacer el lazo de sus zapatillas de uniforme.

—Deja eso, la dijo con voz débil.

Olga dejó caer una lágrima sobre el pie que se quería escapar de entre sus manos, y Nemi, mirando á su compañera con creciente admiración, la dijo:

—¿Por qué lloras? ¿Yo creía que nadie me quería, y tú ménos que las demás!

Olga no contestó; continuó ayudando á Nemi, y al fin dijo:

—Vamos... la última prueba... la directora te aguarda, y es preciso despedirse de ella.

—¿A qué? contestó Nemi; la molestará verme, puesto que su indignación contra mí ha llegado hasta el extremo de echarme del Instituto. Y, francamente, yo tampoco deseo verla.

—En ese caso, aguarda un instante, dijo Olga.

Y corrió á la dirección. El despacho estaba lleno de gente, y la entrada de Olga sorprendió á la Batú, porque era un acto inaudito de audacia, sobre todo en las circunstancias particularmente delicadas en que se encontraban frente á frente una de otra.

—Vengo á pedir á usted un favor, «mamá», dijo con dulzura la jóven patricia; pero sus inteligentes ojos se fijaron sobre «mamá» de una manera muy en desacuerdo con esta aparente sumision.

La directora leyó tantas amenazas en esta altanera mirada, que temiendo comprometer por una imprudencia el fruto de sus cálculos, condujo á

Olga al cuarto inmediato, con gran sorpresa de los asistentes.

—¿Podría usted excusar á Nemi de la despedida? ¿Puedo anunciarla que la permite usted partir inmediatamente?

Bajo estas formas convencionales de respeto, traducíase en el timbre juvenil de la voz de Olga, cólera, autoridad y desprecio á la vez.

—Observo que hace usted demasiadas peticiones, señorita, olvidando que sus últimas notas no la dan derecho á esperar mucha complacencia.

—Convengo en que no soy aplicada ni muy juiciosa, respondió Olga sin bajar la vista; pero en lo sucesivo trataré de corregirme, y por otra parte..

—¿Qué por otra parte? dijo duramente la directora.

Olga irguió con altivez su hermosa cabeza.

—Por otra parte, replicó con ironía, nadie está limpio de culpa. Diga usted, pues, mamá: ¿me permite decir á Nemi que puede irse cuando quiera?

—Sí, rugió la directora, volviéndola bruscamente la espalda.

Olga corrió á los pasillos donde sus compañeras comentaban en animados coloquios los últimos sucesos.

—¡Para una buena obra, señorita! dijo corriendo de grupo en grupo y presentando su delantal blanco recogido por las dos puntas.

La Grabi levantó la cabeza que tenía inclinada sobre su inseparable almohadon.

—No pido nada á usted, querida, exclamó la implacable Olga; las buenas obras no rezan con usted. Quiero decir, que siendo usted la perfección misma, todo lo que hace usted es constantemente buena obra. En cuanto á vosotras, queridas compañeras, como no sois perfectas, me vais á entregar en seguida, sin excusa ninguna, dinero ó alhajas.

Olga desvalijó sin piedad á las dos famosas Gracias que la acompañaban en sus excursiones nocturnas á la capilla, y desapareció con el delantal lleno de objetos diferentes.

—Hé aquí la despedida del Instituto, dijo á Nemi, que lloraba silenciosamente apoyada sobre el hombro de la Sas; y la directora me envía á decirte que puedes marcharte sin presentarte á ella.

La Sas miró atentamente á Olga, y adivinó el drama íntimo que pasaba en su corazón.

Era tan extraordinario el caso de echar oficialmente á una jóven de este colegio, que al salir Nemi un vago sentimiento de repulsión hacía retroceder imperceptiblemente á la primera fila de curiosas; pero ésta era la única muestra de desaprobación que se atrevían á dar.

Todas sabían que era inocente, é instintivamente sus rostros se volvieron á la Grabi, que no retrocedía ante el espectáculo de su infame calumnia.

—Que sea usted dichosa, señorita, la dijo Nemi deteniéndose un instante; y en seguida, volviéndose hácia sus compañeras, añadió:

—Perdonadme las ofensas voluntarias é involuntarias que os haya hecho, para que yo salga en paz de esta casa.

—¿Que Dios te perdone! murmuraron gravemente las jóvenes, según la fórmula acostumbrada.

Nemi, apoyada en la Sas, bajó las últimas escaleras con el corazón oprimido. En la puerta Olga la abrazó tres veces, y Nemi sintió sobre su mano un beso furtivo, que parecía pedir perdón.

Era la culpable que se postraba ante la inocente.

XII

Es una impresión muy extraña la que experimentan las reclusas al dejar su asilo y poner los pies sobre el empedrado. El aire fresco, el movimiento de las gentes, el ruido de los coches, no hieren tan vivamente el espíritu como este choque brutal de los pies que no han pisado más que bruñidas baldosas ó lustrosos entarimados, con la piedra angulosa de las calles. Nemi tropezaba á cada paso, pero marchaba alegre y casi agradecida á su malvada profesora por los ocho meses de martirio

que la había economizado, porque estaba muy lejos de sospechar la trama abominable que la había escogido como víctima expiatoria de un delito ajeno.

Entre tanto, la Sas comprendía que era necesario informar á Nemi de los verdaderos motivos de su expulsión; pero ni aún después de tenerla en su casa se sintió con valor para esta confidencia. Y la aplazó diciéndose que siempre habría tiempo para darla tan desagradables explicaciones.

La Sas fué á ver á un reputado profesor de canto, que había emprendido varias veces la ingrata tarea de preparar para el teatro alumnas pobres, estipulando una recompensa para cuando obtuviesen resultados positivos.

Estas condiciones no habían proporcionado grandes utilidades al profesor; así es que cuando oyó la proposición de la Sas, exclamó:

—Me han dado muchos chascos esas hermosas voces... Estoy harto de hermosas voces...

—¿Ojala usted siquiera, y se convencerá usted.

—Es muy posible; ¡soy tan tonto! Pero hé ahí por qué no quiero oirla. ¿Y es linda?

—Es más bien bella que hermosa.

—Si insoportables son las hermosas voces, más aún las mujeres bonitas. ¿Es alta?

—Alta y elegante.

—¿Edad?

—Diez y siete años.

—¿Diez y siete años! ¿Y quiere comenzar ahora?

—¿Es pronto?

—Al contrario. ¿Qué quiere usted que haga con una voz que forzosamente habrá contraído malos hábitos?

—No ha cantado nunca más que la liturgia. Cuando oiga su voz...

—¿Mezzo soprano?

—Contralto; pero acabemos, prorumpió al fin la Sas, adivinando que el maestro rabiaba ya por oír á Nemi. ¿Qué día la traigo aquí?

—Mañana á las once.

La Sas salió llena de alegría, y cuando llegó á casa, dijo á Nemi:

—Vas á cantar mañana delante de Morfi. Le gusta mucho la sencillez. No tengas miedo, porque esto perjudicaría á tu voz.

Al día siguiente se presentaron en casa del profesor. Era éste un viejo de ojos negros y vivos.

—Cante usted, dijo perentoriamente, sumergiéndose en su gran sillón.

Pero á las primeras notas se incorporó y miró fijamente á Nemi. Esta, en tanto, no veía ya nada; «había partido», como decía sonriendo la Sas.

—Cante usted otra cosa, dijo el maestro cuando acabó Nemi su consabida escala; y la niña comenzó el himno del ofertorio. Su voz invadía el salón y el piano vibraba como un eco, cuando el viejo profesor, abrazándola con una exaltación característica, exclamó:

—¿Qué cantante, Dios mío! Y no sabe absolutamente cantar. Pero mejor. Así no es preciso que olvide nada malo. Tendrás una lección por semana, hija mía, y ahora escúchame.

Empujó á Nemi, y ocupando su sitio, cantó con una hermosa voz de barítono un ária sacada de la composición de Händel, *La fiesta de Alejandro*.

—¿Eh! ¿Qué dices á esto?

Nemi parecía escuchar todavía, y volviendo por fin con trabajo á la realidad, dijo:

—¿Podré cantar yo eso?

El maestro se echó á reír.

—No, hija mía: esto es para voz de hombre, pero cantarás otras muchas cosas, si bien no tan pronto como quisieras. Necesitas dos largos años de canto preliminar en todos los tonos.

—¿Le agrada mi voz? murmuró la jóven, sin comprender bien nada de lo que oía.

—¿Estás tonta? Pues si no me gustara, ¿me tomaría el trabajo de hacerte estas reflexiones?

Desde el día siguiente, Nemi desplegó un ardor que no se traducía en esos excesos de trabajo, seguidos siempre de desfallecimientos. Sabía que sus estudios la hacían contraer una deuda formal, y cursaba las lecciones con el serio esfuerzo de una conciencia honrada.

XIII

Tres meses trascurrieron así, y llegó el Carnaval. La Sas quiso llevar á Nemi á la ópera, pero el profesor dijo:

—Ya que no ha oído nada malo, no contribuya usted á que pervierta su gusto.

En compensación, la Sas fué al paseo de coches. Nemi observaba aquellos elegantes trenes ó lujosos vestidos, y toda aquella feria de vanidades humanas le parecía tan poco real como las vistas de un kalidoscopio. Pero de repente oyó su nombre. Se incorporó, y vió á Olga que desde un coche en que iban otras jóvenes del colegio, la saludaba, á pesar de los desesperados movimientos de la Grabi para impedirlo. Olga debió lanzar algún apóstrofe muy duro á su profesora, porque su hermoso rostro no expresó nada respetuoso, y continuaba haciendo señas afectuosas á Nemi, cuando su mirada se encontró con la del teniente Batú, ó lo que es lo mismo, con la más tierna mirada que un militar haya encontrado en su arsenal amoroso. Pero ¡oh sorpresa! los ojos de Olga, tan dulces hacía un instante para Nemi, tomaron una expresión tal de desprecio, que el joven jinete que á la sazón hostigaba y hacia encabritar á su caballo, estuvo á punto de dar con su gentil figura en tierra, y se alejó al galope para meditar sobre su mala ventura.

Olga no había visto hasta entonces, en sus excursiones á la capilla, más que una reprensible traviesa; pero al recibir la mirada de un hombre al cual había dado el derecho de hablarla este lenguaje mudo, comprendió que había comprometido seriamente su honor, y su piedad hacia Nemi fué desde entonces más tierna y dulce.

Trascurrieron dos meses de esta escena, y una hermosa mañana de Junio Nemi, vió á la puerta del Instituto un gran número de coches.

—¿Qué pasará en el colegio? preguntó.

—Es la salida de las jóvenes que han cumplido el tiempo reglamentario, contestó la Sas, deplorando no haber previsto esta circunstancia para haber evitado á Nemi una emoción seguramente desagradable.

Desde la expulsión de Nemi, la Sas no había vuelto al colegio. Sentía repugnancia hacia su antigua amiga la directora.

Uno de los carruajes que aguardaban á la puerta acababa de ser ocupado por una hermosa mujer, próximamente de treinta y seis años, madre de Olga, y ésta misma. Nemi la observó con asombro, porque, en vez del modesto uniforme del colegio, llevaba ya el elegante traje de una joven del gran mundo.

—¡Está hermosísima! exclamó.

La Sas miró á una y otra alternativamente, y sonrió, observando que con su modesto vestido de lana gris y su sombrero de paja era aún más bella Nemi.

Entretanto, Olga saludaba con la mayor ternura á su desheredada condiscípula.

—¡Tiene muy buen corazón! suspiró Nemi; la prueba es que se acuerda de mí, á pesar de lo que ha ocurrido.

Su protectora ahogó una vez más el deseo de informarla sobre su verdadera situación; pero ¡já qué sembrar en esta joven alma una simiente de odio!

Tras el coche de Olga pasaron otros varios junto á las dos modestas peatonas; pero ninguna de las jóvenes que iban dentro pensó siquiera en saludar á Nemi.

—¡Yo también hubiera salido hoy del Instituto! dijo ésta.

—¿Sientes haber salido antes?

—No, ciertamente; lo que tengo ahora vale más que todo lo que hubiera podido tener en otro caso, y he ganado ocho meses de estudios... y de ternura, añadió mirando dulcemente á la Sas.

XIV

Trascurrieron veinte meses más, durante los que Nemi salvó todas las mayores dificultades del canto, porque las observaciones de su maestro la preservaron de una presunción desmedida, natural escollo de los talentos en germen.

Aún no la había hecho cantar más que ejercicios, y la sumisa joven tampoco había pedido otra cosa. Pero una mañana la dijo bruscamente:

—¿Te atreverías á cantar esto?

Y la presentó la romanza de Alicia, en el primer acto de *Roberto el Diablo*.

Nemi recitó la letra en voz baja y comenzó vacilando; pero muy pronto su voz creció, olvidó el resto del mundo, *partió*, como decía su protectora, y al concluir el precioso final de esta romanza, el profesor dijo:

—¿Dónde diablos has aprendido á cantar así?

—Aquí, contestó Nemi aturdida.

—No; yo no te he enseñado á cantar ópera. Y una de dos: ó sacas esta manera de cantar de tí misma, ó te han enseñado ya de antemano.

—Nadie más que usted me ha enseñado; replicó la joven, un poco herida de esta suposición.

Morfi sacó otro cuaderno de música, y colocándose él mismo al piano, comenzó de repente el *Arioso del Profeta*. Esperaba sorprender en el rostro de Nemi alguno de esos movimientos que denuncian su estudio, porque no hay contralto que no se haya ensayado en este aire tan sencillo y difícil. Pero el rostro de Nemi conservó su expresión de asombro, y el maestro se tranquilizó.

—¿En qué piensas? dijo; ahora te toca á tí.

—¿A mí? preguntó inocentemente Nemi.

—Vamos, vocaliza.

Nemi obedeció, y á medida que el sentimiento de esta invocación suprema del *Arioso* se comunicaba á su espíritu, su cuerpo, de rectas y puras líneas, pareció crecer; sus ojos brillaron, y su voz, conmovida y vibrante, arrebató al maestro.

—Empieza otra vez, exclamó éste lleno de entusiasmo, y canta como si estuvieses en la escena.

Nemi comenzó de nuevo. Su primera frase, «¡oh, hijo mío!» pareció salir de un alma desesperada. El segundo grito, lleno de ternura, brotó de sus labios como una plegaria; sus brazos se extendieron al cantar «bendito seas,» y lágrimas, verdaderas lágrimas, inundaron su rostro trasfigurado.

Morfi corrió á ella con ademán de abrazarla; pero sobrecogido de respeto, se detuvo.

—Dentro de un mes darás un concierto, porque yo no tengo nada ya que enseñarte; tú lo tienes todo dentro de tí.

—Pero ¿ha ocurrido esto? preguntó ella candorosamente.

—Sí, hija mía, sí; toma: ahí tienes el libreto; cree que todo ha sucedido y harás llorar á todo el mundo, porque de cantarlo tú, habrá, en efecto, sucedido todo eso.

Pero recobrando su prudencia, don del estudio y de los años, el profesor añadió:

—Lee todo, pero no de una vez, sino poco á poco, y estudia con método y concienzudamente el papel que debas representar.

(Se continuará.)

EL ABENAKI

Durante las guerras de América, una tropa de salvajes abenakies derrotó á un destacamento inglés; encarnizados aquéllos en la persecución de los vencidos, y más ligeros que éstos en la carrera, los ingleses fueron tratados con una barbarie de que hay pocos ejemplos aún en aquellos mismos países.

Un joven oficial, alcanzado por dos salvajes que le perseguían hacha en mano, viéndose perdido, se detuvo, les hizo frente y trató de venderles cara su vida. Á este tiempo un salvaje anciano, armado de su arco, y que se disponía á lanzar una flecha sobre la espalda del oficial, se fija en su semblante y re-

pentinamente baja el arco y corre á arrojarse entre el inglés y los dos salvajes que alzaban ya sus hachas para asesinarlo.

El viejo pronuncia una palabra, y los dos salvajes se retiran con respeto; coge al inglés por la mano, le tranquiliza, y haciéndole caricias le conduce á su cabaña, donde le trató con una dulzura y un afecto que, más que un prisionero de guerra, el joven inglés parecía un miembro de la familia ó un compañero de la tribu. El anciano le enseñó el idioma de los abenakies y las artes groseras que aquellos pueblos cultivaban, mostrando al oficial inglés tanto cariño como si fuera hijo suyo, llegando á vivir contentos uno de otro. Una sola cosa inquietaba al joven inglés: algunas veces el anciano fijaba las ojos en él, y despues de haberle mirado atentamente, vertía abundantes lágrimas.

Un año había pasado en esta situación, cuando los salvajes volvieron á tomar sus armas y salieron otra vez á campaña. El anciano, que aún se encontraba bastante robusto para soportar las fatigas de la guerra, marchó con sus compañeros, llevando á su lado al prisionero. Los abenakies atravesaron bosques, ríos y montañas, y despues de largas jornadas llegaron por fin á una gran llanura, donde descubrieron un campamento de ingleses. El anciano cogió entonces de la mano al joven oficial, le hizo ver el campamento, observando la impresión que aquella vista le producía, y le dijo:

—Hé allí á tus hermanos; hélos allí, que nos esperan para combatirnos. Escucha. Yo te he salvado la vida; te he enseñado á hacer una canoa, un arco y flechas; á sorprender el jaguar en el bosque, á manejar el hacha y á tender el lazo. ¿Qué eras tú cuando yo te conduje á mi cabaña? Tus manos eran las de un niño: no te servían ni para procurarte el alimento, ni para defenderte; tu alma estaba en la oscuridad de la noche; no sabías nada; tú me lo debes todo. Ahora bien: ¿serías bastante ingrato para reunirme á tus hermanos y para levantar tu hacha contra nosotros?

El inglés contestó que perdería mil veces la vida antes que verter la sangre de un abenaki.

El salvaje puso entonces sus dos manos sobre el semblante del joven, besándole la cabeza; y despues de haber permanecido algunos instantes en aquella actitud, volvió á mirarle, y con acento mezclado de ternura y de dolor, le dijo:

—¿Tienes padre?

—Vivía por lo ménos, contestó el joven, cuando yo dejé mi patria.

—¡Oh! ¡Qué desgraciado es! exclamó el salvaje. Y despues de un momento de silencio, añadió:

—¿No sabes tú que yo he sido padre?... Ya no lo soy... ¡he visto á mi hijo caer en medio del combate! ¡Estaba á mi lado!... ¡Le ví morir como hombre! ¡Estaba cubierto de heridas!... ¡hijo mío! ¡cuando él cayó! ¡Pero yo le he vengado! ¡Sí, yo le he vengado!

Pronunció estas palabras con fuerza. Todo su cuerpo temblaba; su palabra estaba entrecortada por sollozos, que procuraba ahogar.

Sus ojos estaban inyectados, pero sus lágrimas no corrían. Fuése calmando poco á poco; y volviéndose hacia el Oriente, por donde el sol asomaba ya, dijo al joven inglés:

—¿Ves ese hermoso cielo resplandeciente de luz? ¿Tienes placer en mirarle?

—Sí, dijo el inglés: gozo en mirar ese hermoso cielo.

—Pues yo no, replicó el salvaje vertiendo un torrente de lágrimas.

—Un momento despues, mostró al joven un magnífico plátano cargado de flores.

—¿Ves, le dijo, ese hermoso árbol? ¿Tienes placer en mirarle?

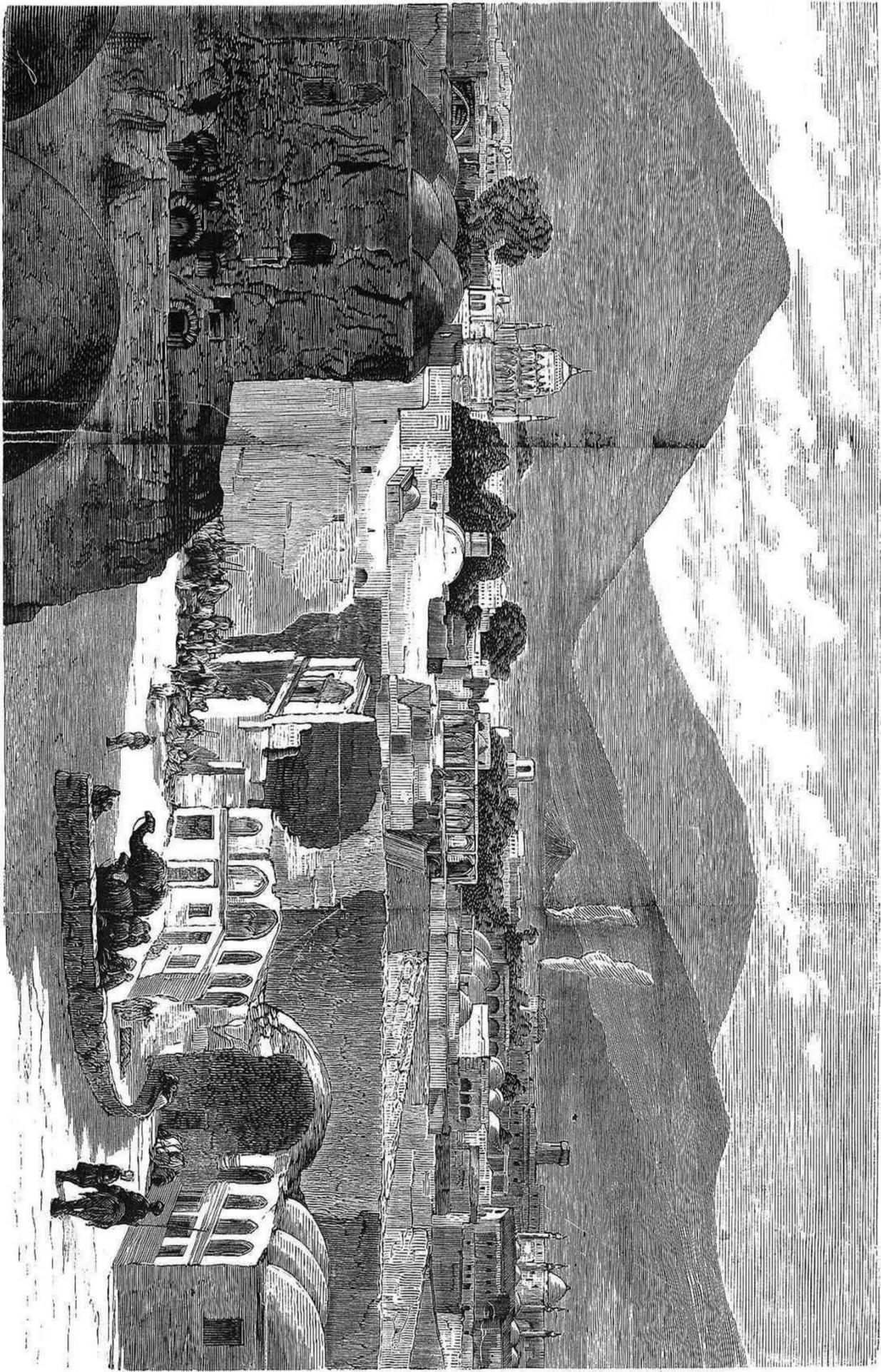
—Sí, tengo placer en mirarle, dijo el joven.

—Pues yo no le tengo, volvió á decir el salvaje con precipitación; y en seguida añadió:

—Vete: marcha á tu país, á fin de que tu padre goce aún el placer de ver el sol en su aurora y las flores de la primavera.

T. D.

.....



AFGHANISTAN.—VISTA GENERAL DE KANDAHAR



UN LIBERAL A OTRO LIBERAL

SONETO

¡Oh, Fausto liberal! Yo te saludo;
y con ánimo fiel, casi contrito,
por tu ductilidad te felicito,
al verte siempre de la patria escudo.

En la revolucion no fuiste mudo,
ni el cambio radical te hizo *precito*,
que el lauro conquistastes infinito
que á tantos medros conducirte pudo...

Si hubo en la sociedad egregios *bolos*,
de cándidos á fuer y consecuentes,
los buenos imperar debemos solos

en estas horas de favor presentes;
que los que fueron ántes *chirimbolos*
hoy los títulos son más eminentes.

J. GUILLEN BUZARÁN.

¡SE ALEJA!

Rebeca ya no va á la fuente por habérsele quebrado el cántaro, y el Eliezer que la quería ya no platica con ella al pié de la palmera y escuchando el rumor del agua. Este pasaje bíblico hay que explicarlo siempre del mismo modo: ¿no es verdad, Juan Pablo?

—Ese pasaje bíblico, descreído Santiago, es verdad que se puede explicar de otra manera, y extraño que á mi te hayas dirigido en consulta.

—Te considero en este caso, y no lo dudes, como el mejor intérprete.

—Y yo te considero en este y otros casos como el más malicioso comentarista. Yo rechazo tus apreciaciones.

—En pro mía, Juan Pablo, hay hechos; hay un cántaro roto y una pareja que no habla por las tardes detrás de los olmos del arroyo.

—Los hechos se quiebran con más facilidad que el barro del cántaro, y sobre esos hechos está una afirmación que yo hago.

—La respeto por ser tuya; pero, afirmación por afirmación, cree, Juan Pablo, que la una se ve, y la otra, sin verse, hay que creer en ella, porque así lo exigen.

—No exijo nada; únicamente rechazo un hecho como aparente que es sólo.

—Como quieras, y no insisto. Convencido estoy de que sabes más que yo en lo que vamos diciendo.

—Puede ser, Santiago, puede ser, y por eso no aventuro juicios.

—Perdona, Juan Pablo, mi ligereza.

—No merece el asunto tanta seriedad.

—Pero, decidme vosotros, contrincantes y amigos: ¿cuándo una cuestión de amor no ha sido siempre objeto de contradicción, motivo de hondos pensamientos y camino resbaladizo de misteriosas consecuencias?

—Abelardo coloca la cuestión en tésis; discutámosla, Juan Pablo.

—¿Y qué ganas teneis tú y Abelardo, y Abelardo y tú, de que yo invente alguna historia inverosímil para vuestra curiosidad?

—No tanto; con que nos digas la verdad sencilla quedaremos contentos.

—Esa verdad sencilla que me pedís es demasiado complicada, y no quiero que pierda su aroma bañada por la conversación.

—Eres delicadísimo, Juan Pablo; tu pudor me hace ver en ti un amigo digno de todo amor.

—¡Ay, Abelardo! mis intimidades son vuestras también; pero la expresión de ellas no quiero que salga de mi boca. No hay palabras donde el afecto es mudo y honda la pasión. Comprendedme.

—Verdaderamente que tu corazón se ha desbordado, y ha salpicado con su sangre otro corazón sensible. Déjalo que corra por su cauce de fuego. Nosotros seremos discretos.

Así hablaban los tres mozos, sentados en una mesa de pino clavada en tierra á la puerta de una venta próxima á la pequeña ciudad, y mientras

menudeaban los sorbos de cierto vinillo blanco bastante fuerte para calentar el cerebro y hacer mover el pensamiento, ya móvil, de aquellas tres jóvenes cabezas.

La tarde iba de vencida, y un ambiente cálido se dilataba en el horizonte, dando placidez á la vida y optimismos á las almas impresionables.

Siempre una conversación de amor atrae, y á esa hora, y en tales circunstancias, y sostenida por semejantes personajes, había de revestir interés subido, tonos salientes y misteriosas confidencias.

Dos almas enamoradas, que en constante comunicación y favorecidas por el accidente, llegan en el cuarto de hora climatérico que pasa en el tiempo sin explicación suficiente, á traspasar el límite que los pudores determinan, es siempre algo que llama poderosamente, que incita á la curiosidad y que hace soñar con «rumor de besos y batir de alas,» como dijo el poeta de las mudas intimidades del espíritu.

Es Rebeca, como la han llamado los mancebós, doncella garrida, de sereno y ovalado rostro, en cuya expresión sencilla y candorosa se retrata el primer anhelo de un pecho que se abre á la vida de lo desconocido. Es Juan Pablo, el estudiante en vacaciones, que en las soledades del campo y en sus ansias juveniles encuentra pensamientos iluminados, vaguedades y tristezas que le arrastran á amar algo que no sabe en qué consiste, que le hacen ver en la nube que pasa, en la huella perdida, en el eco lejano, un sentimiento que engendra honda emoción, que llena su alma de misteriosas cadencias que suenan en su cerebro y salen á sus labios en frases cortadas y elocuentes.

El y ella se hallan en el momento supremo en que la mujer derrama su primera lágrima furtiva, y el hombre escribe en una hora de insomnio su primer verso á ella.

Y es verdaderamente supremo el momento. Todas las fantásticas algarabias de las dos almas en explosión se condensaron y se vieron la una en la otra. Entonces rompió el primer latido, se pronunció la primera palabra, se escuchó el estallido del primer beso.

Todo sigue su proceso natural.

Soltad una piedra, soltad un globo; aquella se precipita, éste se eleva. Soltad al amor, que lleva en sí todos los movimientos, y como el globo se pierde en los espacios, y luego, mareado de ambiente y de ideal, como la piedra se precipita en la tierra.

¿Hay cosa más sencilla?

Los cuchicheos, las pláticas bajo los copudos olmos que sombrean la rumorosa fuente, las promesas, los juramentos, el tartamudeo de la frase, el titileo del corazón, la mutua absorción de dos miradas, todo ello es el globo que se eleva sin que ellos se enteren y á la vista de todo el mundo, del que viven ajenos.

Después el descenso. Después la caída. Entonces se aperciben, y huyen pasmados y estremecidos.

Aparece aquí una terrible realidad. Adán y Eva se avergüenzan al mirarse. Es la eterna historia, historia sencilla y profunda.

Hay que mirar á la tierra, hay que recatarse, hay que responder de algo que cuesta trabajo confesar, y entra aquí el disimulo, el desden aparente, el temor constante y el continuo observar de todo lo que les rodea.

La fuente de los olmos está solitaria; las aguas murmuran con ritmo siempre igual, y el viento en las frondas parece contar quiméricas aventuras. Pero ya no se oyen aquellas palabras tóxicas y querenciosas en que el amor se adormilaba.

Rebeca y Juan Pablo se esquivan, y esquivan á su vez la curiosa insinuación de los amigos. Se ha forjado una fábula que ellos niegan.

¡Y quién sabrá más que ellos!

—¡Juan Pablo! ¡Eh, hombre! ¡Cuidado que tus distracciones son atroces!

—¡Hola, mi amigo! ¿Qué hay? Iba pensando en el tiempo que avanza, ya fresco con los hálitos del

Otoño. Los rumores son más hondos y quejumbrosos, y las nubes más densas.

—Eso es lo que veníamos á decirte. Todo ello es una invitación á otra vida de recogimiento y trabajo. Setiembre va bueno, y nosotros habremos de abandonar estas jornadas bucólicas, los paisajes de este campo y las expansiones en el seno de esta amable naturaleza.

—Juan Pablo, no hay otro remedio; dejaremos la escopeta y tomaremos los libros; detrás de nosotros quedarán estas soledades atractivas, llenas de familiares ecos, y entraremos en la ciudad, en el bullicio, en la actividad del mundo. ¿No sientes un vago deseo de placer al acercarte á la Universidad, unido á un profundo y melancólico sentimiento de tristeza, que produce el abandonar este rincón escondido, donde florecen tantos afectos y á donde vuelan tantas memorias?

—Me hace el efecto del despertar de un sueño. ¡Si supiérais que no había querido yo pensar en nada de eso por temor á mí mismo! Mi afecto es hondo; sin embargo, amigos, prestadme fuerzas; sacudamos la cabeza y el corazón embargados por el aroma de estos campos, y marchemos: sí, marchemos; dadme la mano, y señalad día.

—Mañana temprano, ¿eh?

—Ya estais avisando al mayoral.

Y la tarde cedió, y vino la noche con sus silencios y sus humedades.

Los árboles del huerto levantan enjambres de murmullos al paso de las ráfagas del aire. En los intervalos parecen oírse palabras y suspiros que, confundidos por el viento, se prolongan en hilo cadencioso.

Al pié de una reja se adivina, más que se ve, la silueta de un hombre. Hay allí, en lo que se percibe, algo de dolor y algo de protesta; una lágrima vertida sobre un juramento, la entrega de un símbolo, lo que precede al último beso...

Se escucha el cascabeleo de los caballos, los chasquidos del látigo y las voces del mayoral, el trepidar del coche envuelto en nube de polvo y herido por los rayos oblicuos del sol que se alza. Todo ese ruido se aleja, se aleja como el estribillo de una canción que se pierde en la lontananza del paisaje...

¡Una canción que se pierde!... ¡Una canción de amor!... ¿No es esa la vida que pasa y se aleja?...

JAVIER MONTALVO.

MARGARITA

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Un anciano, un joven y dos doncellas se hallaban reunidos en un elegante gabinete. Profundo silencio reinaba en aquel recinto, y las cuatro personas parecían agobiadas bajo el peso de una tristeza devoradora. El anciano D. Pedro Vargas lanzaba con disimulo miradas inquietas á una de las dos jóvenes, encantadora y frágil criatura, cuyo rostro pálido y descarnado dejaba una dulce, aunque penosa impresión en el alma: ella era la única que estaba realmente tranquila; porque en cuanto á los otros dos actores de esta escena muda, sus agitados semblantes revelaban intenso desasosiego.

La joven de quien acabamos de hablar fué la primera que rompió el silencio; se acercó á la ventana, y apoyándose en la balaustrada:—¡Oh Dios mío! exclamó; la lluvia ha marchitado mis lilas, sus flores cubren el césped; ¡se acabó, ya no las volveré á ver!... hasta la primavera que viene, añadió con forzada sonrisa.

Las palabras de Margarita hicieron á D. Pedro estremecerse; sin embargo, esforzando la voz:—Efectivamente, Margarita, dijo, y cuando partas de Madrid para venir á pasar aquí el verano, tendrás ya un compañero de viaje: ¿no es verdad, querido Enrique?

Enrique palideció, é inclinó la cabeza sin contestar: una lágrima brilló en los negros ojos de Catalina, que era la otra joven que se hallaba presente.

Margarita repuso:—¡Oh, sí! Es muy posible que Enrique tenga para la primavera una compañera de viaje.

—Margarita, dijo Vargas con gravedad; di más bien que sin duda tendrá Enrique una compañera de viaje del año próximo, porque existen juramentos solemnes, sellados por la muerte.

—Y que serán cumplidos, replicó Enrique con amargura.

Poco despues salió del gabinete; Catalina desapareció también, y el anciano D. Pedro, tutor de la pobre Margarita, manifestó á ésta sus temores, y áun dudas, sobre el amor de Enrique; la recordó que su padre en su lecho de muerte había unido las manos de ambos jóvenes, dejándoles, sin embargo, libertad para romper si no había comun acuerdo.

—Enrique nada ha dicho todavía, dijo Margarita, y os confieso que no seré yo quien se lo pregunte.

—¡Oh! Eso depende de que tú crees que él espera con placer esta union, porque sabes que no osaría retirar su palabra: ¡y mi querida Margarita es tan generosa!...

Inclinó ella la cabeza con aspecto pesaroso:—Me cree V. mejor de lo que soy en realidad, murmuró; y además, ¡me resta tan poco tiempo de vida!...

Esta fatal palabra se había escapado de los labios de Margarita, y penetró cual acerado dardo en el corazón de D. Pedro. Y era que Margarita había nacido con el germen de una enfermedad mortal, adquirida en el seno de su madre, y esta enfermedad era la consunción. Todos creían que moriría joven, harto joven; y sin embargo, podía no suceder así porque la vida debía estar fuertemente arraigada en un sér de veinte años.

—Los médicos me han desahuciado, añadió Margarita; ¡oh! lo sé; pero no le dirá V. nada á Enrique, ¿no es verdad? No quiero que al casarse crea que morirá tan pronto.

—Algún día llegará, Margarita, en que, brillante y gozosa, te reirás de esas ideas de una niña débil.

Sonrióse tristemente la infeliz; no creía en las palabras de Vargas, porque sabía que estaba sentenciada á morir.

Tres meses habían trascurrido, y Margarita era y esposa de Enrique Mendoza. A medida que la enfermedad la arrebatava un día, una hora, un minuto, iba á su pesar tomando apego á la existencia; en lo que hallaba entonces un perfume de vida que la recordaba su antigua felicidad. Se había establecido interinamente en Aranjuez, pero no se presentaba en reunion alguna; no tenía otra compañía que la de Enrique y D. Pedro; y si por casualidad salía á dar una vuelta por el paseo, todos preguntaban admirados quién era aquel sér tan interesante y tan pálido, envuelto entre blonda y seda.

Catalina, su amiga, había ido á pasar una temporada en casa de una tia; y Enrique, sin manifestar á su esposa un vivo amor, la cuidaba con el más afectuoso esmero; pero la alteracion de sus facciones revelaba que un secreto pesar devoraba su pecho. Todos le compadecían y atribuían esta tristeza al estado de su mujer. Tal vez la enfermedad de Margarita podía contribuir á su estado de ánimo; pero no era la única causa.

En esta época, un especialista, famoso por las curas casi milagrosas que hacía en personas atacadas del pecho, vino á establecerse en el Sitio. Hablaron de él á Margarita, la ponderaron su ciencia, pero ella vaciló largo tiempo, contestando siempre á las instancias: «No, vale más que muera.» Pero al fin, las súplicas de su tutor y de su esposo la decidieron á llamar al médico, y desde entonces se advirtió en su salud notable mejoría.

De repente la tristeza de Enrique se acrecentó; estaba con frecuencia distraído, y sus labios pronunciaban involuntariamente palabras entrecortadas, sin ilacion; pasaba días enteros encerrado en su aposento, y evitaba las concurrencias, buscando siempre un pretexto para no asistir á ninguna.

Por otra parte, Catalina, de vuelta ya á casa de D. Pedro, que era también su tutor, buscaba la soledad, trataba con frialdad á Margarita, y ésta sufría con una dulzura encantadora la injusta conducta de su amiga de la infancia; jamás se escapaba de

sus labios el más leve murmullo; cada vez que tenía motivo de queja, callaba; una gruesa lágrima brillaba bajo sus largas pestañas, y su voz producía una de aquellas vibraciones profundas que hacen estremecer.

Un día que Catalina estaba ausente, vino Enrique contra su costumbre, á instalarse desde por la mañana en el gabinete donde Vargas leía los periódicos, mientras Margarita dibujaba. Enrique estuvo largo tiempo viendo trabajar á su esposa, y áun la dió algunos consejos, pero su mirada revelaba una expresion afectuosa, á la par que una especie de delirio, como si la fiebre circulase por sus venas. Margarita, que le observaba con inquietud, vió deslizar algunas lágrimas furtivas por sus mejillas.

—¡Enrique, exclamó, por qué lloras?

—Margarita, la contestó, eres un ángel de misericordia: ¡perdóname, soy indigno de tí!

Y apretando convulsivamente las manos de su esposa y de D. Pedro, se lanzó fuera del aposento.

Una gran galería daba vuelta á la casa, y cada habitacion tenía comunicacion con ella por medio de una puerta vidriera. Margarita, impelida por un triste presentimiento, se deslizó por la galería como una sombra, y se detuvo delante del gabinete de Enrique. Estaba éste escribiendo á la pálida luz de una lámpara, y sus pistolas se hallaban al lado: de repente hizo un movimiento para cogerlas; pero Margarita, más veloz que el rayo, empuja la vidriera, y lanzándose á su marido:

—¡Detente! exclama; y cae desmayada á los pies de Enrique.

Cuando volvió en sí, su esposo, de hinojos ante ella, invocaba su perdon: la confesó que agobiado, de un secreto pesar, cuya causa ocultó, había querido suicidarse. Margarita perdonó y prometió guardar silencio; pero desde entonces su salud sufrió un cambio repentino.

Poco tiempo despues había cesado de existir, y en el año siguiente tuvo Enrique, en efecto, una compañera de viaje para ir á su quinta.—Esta compañera era Catalina.

Hé aquí el fragmento de una carta de Margarita dirigida á Enrique y hallada despues de su muerte:

«Mi padre había dispuesto en su testamento que si no me casaba, mis bienes fuesen destinados á la dotacion de un monumento patriótico ó de un colegio. Por lo tanto, yo no podía disponer de ellos á mi antojo: en un principio tuve la idea de restituirte la libertad: lo pensé largo tiempo; pero tus bienes eran escasos, yo estaba condenada á morir muy joven, y aunque adiviné tu amor á Catalina, resolví figur que no comprendía vuestras súplicas y mudas reconvencciones. Lo que yo anhelaba era vuestra felicidad, y me perdonaba á mí misma el daros algunos meses de suplicio, pensando en la eternidad de ventura que os esperaba despues de mi muerte.

»Por un instante creí en el olvido del amor de Enrique, y me entregué á la esperanza de vivir; pero una noche bastó para borrar mis ilusiones. Conoci que había sido culpable apartándome de la obligacion que Dios me había impuesto. Me arrepentí de mi egoismo, y desde entonces me dejé morir. ¡Sed felices!»

E. P.

BIBLIOGRAFÍA

Zyta la Saltimbanqui: novela escrita en francés por Héctor Malot, y traducida por don Angel de Luque.

El mismo buen gusto que distingue para la eleccion de obras á la acreditada empresa del *Cosmos Editorial*, se advierte en la original y preciosa novela de Héctor Malot, cuyo título encabeza estas líneas.

El carácter de Zyta, la protagonista, está bien pensado y admirable sostenido. Desde que aparece en escena sabe conquistarse la simpatía del lector, quien abandona el libro, si pesaroso por la injusta, pero lógica desgracia de la heroína, llevando en el corazón y el ánimo su dulce y agradable recuerdo.

Gaston, el esposo de Zyta, es otro carácter bien trazado, pero forzosamente antipático por su debilidad, que raya en la cobardía; dominado por el autor de sus días, *burgués* de rango, suscribe hasta el divorcio con la que es dueña de su corazón y de su mano, y halla el merecido castigo, porque tanta bajeza trasforma en desden el amor inmenso que sintió Zyta por quien la condujo al altar y echó los fundamentos de su reputacion de artista.

En suma: la novela de Malot merece figurar en la biblioteca de toda persona de gusto. La traducción, hecha concienzudamente por Angel de Luque, honra á este distinguido literato.

Catálogo general de instrumentos para ciencias, de la Casa de D. Ildefonso Sierra y Alonso, calle del Lobo, 8 duplicado.—Madrid: Enrique Rubiños, impresor; 1886.

Hemos recibido este voluminoso catálogo, de 368 páginas, que abarca 3.785 artículos y va ilustrado con más de 700 grabados: publícalo D. Ildefonso Sierra y Alonso, proveedor de S. M., de las Facultades de Ciencias, Academias militares y civiles, Institutos provinciales y Seminarios. Es una preciosa guía para cuantos necesiten adquirir aparatos de Geometría, Cosmografía, Física general, Mecánica, Acústica, Calorimetría, Óptica, Magnetismo, Electricidad estática y dinámica, y Anatomía clásica.

La casa del Sr. Sierra y Alonso fué la primera que en España se dedicó á la construcción é instalación de *campanillas eléctricas*, con inmejorables resultados y en condiciones económicas. La larga y fecunda práctica del jefe de dicha reputada casa en el ramo á que se ha dedicado, manifiesta y probada está en la multitud de instalaciones de pararrayos que ha efectuado, entre otros, en el Museo Arqueológico de Madrid, Real Academia de San Fernando y Colegio de Medicina de San Carlos, así como en muchas iglesias parroquiales de provincias, diputacion provincial de Salamanca, comandancia de ingenieros de Cartagena, etc., etc.

También respecto á instalaciones de teléfonos, material para estaciones y líneas telefónicas y telegráficas, tiene acreditada la Casa su buen servicio, inmenso material y precios módicos.

El catálogo que tenemos á la vista está esmeradamente impreso, con cubierta lujosísima á dos tintas: trabajos ambos que honran al Sr. Sierra, como compilador de tan escogidos materiales, y al Sr. Rubiños, al imprimir los innumerables aparatos que el catálogo contiene.

Réstanos dar las gracias al Sr. Sierra por su galantería al remitirnos el ejemplar de su precioso catálogo.

ADVERTENCIA

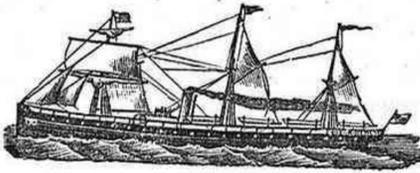
Los señores suscritores que se hallen en descubierto con esta Administración, y no verifiquen sus pagos antes de fin de Diciembre próximo, NO TIENEN DERECHO Á RECIBIR EL **Almanaque de La Ilustracion Nacional para 1887**.

CORRESPONDENCIA CON LOS SUSCRITORES

D. F. N. L.—Benasque.—Recibidas 6 pesetas y pagada suscripcion hasta fin de Octubre.
 D. F. E. G.—Alajate.—Id. 4'45 id.
 D. V. V. M.—Málaga.—Id. 4'50 id.
 D. S. P. A.—Ciudad Rodrigo.—Id. 9 id.
 D. F. G. G.—Sedano.—Id. 6 id.
 Casino Gaditano.—Cádiz.—Id. 4'05 id.
 Casino de Valencia.—Id. 4 id.
 D. L. M. C.—Santa Cruz de Tenerife.—Id. 4'50 idem.
 D. A. P. B.—Lérida.—Id. 9 id.
 D. E. G.—Soria.—Id. 4'15 id.
 D. A. M.—Pontevedra.—Id. 9 id.
 D. A. N. S.—Cuenca.—Id. 6 id.
 D. E. M. P.—Villafranca.—Id. 3 id.
 D. V. V. M.—Málaga.—Id. 4'50 id.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacífico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE NOVIEMBRE

El 10, de Cádiz, el vapor **Isla de Cebú**; el 20, de Santander, el vapor **Antonio Lopez**; y el 30, de Cádiz, el vapor **Ciudad de Cádiz**.

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor **Isla de Mindanao** saldrá de Barcelona el 1.º de Diciembre de 1886.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en **Barcelona**, la **Compañía Trasatlántica**, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—**Cádiz**, Delegacion de la **Compañía Trasatlántica**.—**Madrid**, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—**Liverpool**, Sres. Larrinaga y C.ª.—**Santander**, Angel B. Perez y C.ª.—**Coruña**, D. E. da Guarda.—**Vigo**, D. R. Carreras Irigorri.—**Cartagena**, Bosch hermanos.—**Valencia**, Dart y C.ª.—**Manila**, Sr. Administrador general de la **Compañía general de Tabacos**.

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demás instrumentos de salón. Salón de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Unico depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID

TINTURA SIN IGUAL

DEL Dr. BERNET DE BAYONA

Es la mejor tintura progresiva que se conoce. Considérese ilegítima toda la que no lleve en la caja exterior y prospecto la siguiente direccion: Depósito único por mayor y menor en España:

PERFUMERÍA FRERA
1, Cármen, 1, Madrid.

CHIFLADURAS

SOBRE LA NAVEGACION AEREA

FOR D. J. F. MARIN

Este original folleto se vende al precio de dos pesetas en las principales librerías, y para los suscritores de LA ILUSTRACION NACIONAL al de una peseta, en la Administracion del periódico, Almirante, 2 quintuplicado, bajo.

LA ILUSTRACION NACIONAL

En vista de la favorable acogida que ha tenido esta publicacion, y con el fin de poder servir algunos pedidos que se nos han dirigido, se ha hecho nueva tirada de los números del primero y segundo tomo, que se venden coleccionados.

Constan de 464 y 662 páginas respectivamente, ilustrados con magníficos grabados.

El precio de cada tomo es 30 pesetas el 1.º, y 35 el 2.º

Puede hacerse el pago abonando dos pesetas mensuales.

A los que deseen adquirirlos, y verifiquen el pago al contado ó en dos plazos, se les hará una rebaja de 5 pesetas.

COMPAÑIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO
Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR
En la Exposicion de París de 1888.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS
BOMBONES DE CREMA Y PRALINE

Depósito general: MAYOR, 18 y 20. — Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.

MANUAL DE LA COCINERA ESPAÑOLA Y AMERICANA

La Casa editorial de los señores Escribano y Echevarría acaba de publicar este Manual, que comprende con la mayor claridad y bastante extension todo lo que se refiere al arte culinario.

Su precio es el de 1 peseta en Madrid, y 1,25 en provincias. Los pedidos pueden dirigirse á dichos señores, Plaza del Angel, núm. 12, librería.

GRAN BAZAR

ROPAS HECHAS DE MILITAR

Único en España.

Tambien se confeccionan á medida toda clase de prendas en veinticuatro horas.—Equipos completos para las Academias, se remiten á provincias.

MORENO

Carrera de San Francisco, 11, Madrid.

LA AMUEBLADORA

Cuantos muebles sean necesarios para amueblar habitaciones, ya sean modestas ó de lujo, se encontrarán en esta casa, sillas mecedoras de Viena y de nuestra fábrica, á precios módicos. Exportacion á provincias. Catálogos gratis.

LA ILUSTRACION NACIONAL

Esta Empresa, reconocidísima á los constantes favores que desde su fundacion vienen dispensándole sus abonados, está terminando un precioso *Almanaque para el año de 1887*, que regalará á sus suscritores.

A PAGAR EN UN AÑO

Muebles, desde el más modesto hasta el de más lujo, 15 por 100 de rebaja al contado.—Catálogos gratis.

ISABEL LA CATÓLICA, 4

DEPÓSITO DE MUEBLES

4, Isabel la Católica, 4.

Inmenso surtido á precios módicos; mecedoras, sillas de Viena y de nuestra fábrica: hay una existencia de 4.000, desde veinte reales. Facilidades para el pago. Exportacion á provincias. Catálogos gratis.

Se admiten anuncios á precios convencionales; dirigirse al Administrador de esta Revista, **Almirante, número 2** que intuplicado.

MADRID



IMPERMEABLES INGLESES

Marca «Gallo.»

Especialidad en *Capotes impermeables*, forma reglamentaria, para los señores Oficiales y Jefes del Ejército. Precio: capote impermeable con valona y capucha de los llamados de seda, 72 pesetas.

Para facilitar á los cuerpos militares la adquisicion de nuestros impermeables, de excelente calidad, les ofrecemos la ventaja del pago en tres plazos, á 24 pesetas cada uno. Remitimos muestras del tejido á quien lo desee.

Luis Vives y Compañía.

CALLE DE FERNANDO, 20, BARCELONA

SOBRECUBIERTA

—No me gusta la gente ociosa, decía un maestro peluquero á uno de sus oficiales.

—Y cuando no vienen parroquianos, ¿qué quiere usted que haga? ¡Como no me entretenga afeitando á la maestra!...

Pues eso es: que, como quien dice, nada pasa, si no es la apertura de Córtes, que ha pasado ya.

De suerte que no hay más remedio que entretenerse afeitando á cualquiera, para cumplir.

Se asegura que dentro de pocos días ó de pocos meses empezarán las obras de la gran vía, sin música y sin Perez.

La gran vía auténtica, dialogada por el alcalde primero y musificada por Donon.

Los vecinos de Madrid y los propietarios de las fincas que han de sucumbir en la reforma, están de enhorabuena.

La verdad es que los azulejos nuevos con el mote de las calles, y la vía nueva, eran necesidades que reclamaba la villa.

Son reformas de mayor importancia, si cabe, que las columnas mingitorias.

Habrán quien censure, porque todo lo censuran algunos sujetos díscolos, la vía Abascal.

Pero el señor alcalde no debe dar oído á los detractores de la cosa pública.

Ábrase la vía, y caiga el que caiga.

Quisiera «proporcionarme un coche particular» para mí, como decía un criado que yo usaba hace algun tiempo.

Si de aquí á entónces pudiera proporcionarme un coche particular, había de ser el primer personaje, despues de los de ayuntamiento, que pasara por la calle nueva.

En la gran vía no han de faltar paseantes.

Como es nueva y no ofrece los peligros que otras vías antiguas para varios señores perseguidos por los agentes de Inglaterra...

¡Si consiguiera una concesion de tranvía con motor de sangre ó de vapor para la gran vía!...

Pero ¿quién consigue esa gracia?

Empiezan las reuniones de invierno.

Ya reciben á domicilio, como anuncian las sanguijuelas algunos industriales, varias familias de la clase ménos acomodada.

Las *velás* empiezan; los conciertos con media de abajo, las lecturas de coplas á domicilio y otros excesos del elemento *cursi* entretienen durante algunas horas de la noche, y una vez por semana, ó ántes si amenaza peligro de bautizo ó matrimonio de alguna niña de la casa.

Una reunion de esas es preferible, para las personas de gusto, al espectáculo más entretenido.

¡Qué es ver á la jóven que se siente tiple, sin perjuicio de las faenas domésticas, romper á cantar algo del maestro Perales (un maestro de pura invencion) ó alguna cosita de la *Stella confidente* ó del *Rata primerol*

En el piano funciona un chico que se prepara, según él, para caballería (no para el arma).

Un jóven escribiente particular lee una fantasía marroquí, improvisada en tres meses para aquella solemnidad.

Despues el *buffet*, donde se sirve á los convidados vino de la tierra, pastelillos, también de tierra, pero de tierra de Segovia, y «escarchados de Viena;» esto es, bollos con azúcar y arena, mantecados y empiñonados naturales.

Despues de tomar un bocado ó unos bocados las señoritas y caballeros que llegan á tiempo, se oye el piano.

Es que va á empezar el baile.

¡Hermosa perspectiva!

El baile es poderoso auxiliar del amor.

Las parejas se disponen á danzar.

Primero: wals del loco, interpretado con pasmosa verdad y con el lujo que requiere el asunto.

—¡Ay, Fulanito! dice una muchacha ribeteadora á su pareja; ponga usted un pañuelo para no mancharme el vestido con el sudor de la mano; digo, si usa usted pañuelo.

—Señorita, ¿usted cree que me limpio la nariz á bofetadas?

—¡Hijo, es que como ustedes son tan caprichosos!... Pudiera usted no usar pañuelo, así como otros no usan cerillas.

La música empieza.

Alguna mamá llama á su niña para decirla:

—Mira, Fulanita, no te arrimes tanto para bailar.

—Mamá, tú no te has fijado; si es él quien se arrima.

—A estas horas, despues de cenar, están las cabezas calientes y...

¡Despues de cenar! ¡Qué hipérbole!

Si se presentara en el salon de baile un *beefsteak* por sí solo, de seguro habría *bofetás* por bailar con él.

Las mamás y demás personas mayores hablan del precio de la carne, del mal servicio de criadas, y de la subida de los alquileres, y del frio.

Cuando el baile termina, empieza el desfile, y las recomendaciones de los dueños de la casa.

—Conque hasta el próximo; «abrigarse,» taparse la boca, adios.

—Hasta el próximo.

Y eso digo yo, poniéndome á las órdenes de ustedes. «Hasta el próximo número.»

EDUARDO DE PALACIO.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paia. 7 bis, Madrid.

IMPORTANTE

Todos los suscritores que lo hayan sido por lo ménos durante seis meses, y que continúen siéndolo, y los que se suscriban por un semestre, recibirán como regalo un precioso Almanaque para el año próximo de 1887.

Consta el mismo de unas 200 páginas, en 4.º mayor, tirado en buen papel, con profusion de hermosos grabados, caricaturas y abundante y variada lectura. Está esmeradamente impreso, y lleva una elegante cubierta en colores. En la primera quincena de Enero lo más tarde, quedará repartido á todos los suscritores.

LA ILUSTRACION NACIONAL

REVISTA DE 16 PAGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.—Artes.—Industria.—Literatura.—Música.—Teatros.—Modas.

PRECIOS DE SUSCRICION

Trimestre..	4 pesetas 50 cénts.
Semestre.	9 » »
Un año.	18 » »

Los pedidos pueden dirigirse á la Administracion en Madrid, CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPLICADO.